



EL CRISTO DE LEZO

(LEYENDA)

Un día—¡sabe Dios cuántos años há!—apareció en Pasajes un cajón misterioso, herméticamente cerrado, que excitó la curiosidad de algunos pescadores. Lo abrieron, y quedáronse atónitos al ver que el cajón contenía la imagen de Cristo crucificado. Como un reguero de pólvora corrió la nueva del hallazgo en el puerto guipuzcoano y lugares vecinos, y pocos momentos después una multitud considerable rodeaba al Cristo y se disputaba el honor de darle albergue. ¿Dónde? Aquí surgía la gran dificultad.

Como es natural, todos pretendían prohijar la divina imagen, con tanto mayor fervor cuanto era evidente el portento de su apari-

ción insólita en aquellos solitarios parajes, y, por lo tanto, fehaciente su poder milagroso.

Hubo disputas sin cuento en Pasajes, Lezo y Rentería, con objeto de poner en claro el derecho de posesión, y así transcurrieron días y días, mientras que el Cristo permanecía encerrado en su cajón, porque, aterrados pescadores y campesinos, nadie osaba poner manos en el augusto cuerpo.

Así las cosas, ocurrió un día que, al ir los pescadores á contemplar por centésima vez al Cristo, abrieron el cajón y se lo encontraron vacío. Locos de espanto y de ira, dieron la voz de alarma, juntáronse muy pronto todos los habitantes de los pueblos circunvecinos y diéronse ansiosos á buscar al divino prófugo.

—¡Castigo de Dios!—decían, al comprender que el Cristo había huido por no presenciar las disputas de los hombres.

Y busca por aquí, busca por allá, removiendo zarzas, hundiendo los ojos en brezos y tamarindos, dando batidas en los bosques, y tropezones y tumbos en la sierra del Jaizkibel, no pararon hasta alcanzar al fugitivo, á quien encontraron en Lezo, clavado en la Cruz y derramando lágrimas.

No cabía la menor duda. El Hijo de Dios lloraba de pena, lloraba porque temía verse arrancado de aquel solitario, fresco y ameno lugar donde gozaba de una paz completa, y veía muy próximo el instante en que la concupiscencia humana le condenaría nuevamente al suplicio del cajón.

Todos cayeron de hinojos ante el crucifijo, ebrios de júbilo por haber recuperado el milagroso tesoro, y jurando dejarlo allí, en el sitio elegido por la celeste voluntad para vivir por los siglos de los siglos y proteger perdurablemente á la privilegiada región.

Llegada que fué la noche, retiráronse en silencio y la imagen quedó sola, herida por los rayos de la luna, que daban á la sangre coagulada de las llagas fulgores de estalactita, jugueteaban en la corona de espinas como fuegos fatuos, y destacaban el tronco anémico como un disco de brillantísima luz que iluminaba una extensión de terreno inmensa, desde Lezo hasta los dos Pasajes; desde Jaizkibel hasta la peña de Aya.

Pero es fama—¿hasta dónde llega la desconfianza del hombre?— que uno de los descubridores de la imagen no se dió por convencido con aquella fuga que creíase milagrosa, y no podía ser más que una añagaza, sino un robo hecho y derecho, de la gente del antiguo Lezón.

Sí; á él no se lo quitaba nadie de la cabeza. Los de Lezo habían tramado el ardid; habían desencajonado al Cristo y llevádolo sigilosamente á la aldea para asegurarse su posesión y dejar con un palmo de narices á todos los demás devotos, los descubridores inclusive.

Esta horrible idea germinó en la mente del pasaitarra, tomó cuerpo rápidamente, nubló su entendimiento con la fuerza irresistible y sombría de una obsesión y acabó por inducirle al acto más vituperable que imaginarse pueda.

Hácia la media noche, aprovechando un momento en que los rayos lunares habían desaparecido, comidos por un nubarrón, se encaminó á paso de lobo á la pequeña eminencia donde estaba el Cristo, se persignó primero, murmuró luego una oración, y envolviendo con mirada de ladrón avezado la pavorosa negrura que reinaba en torno, subió donde estaba la cruz, la arrancó de cuajo, y echándosela al hombro, apretó á correr.

¡Oh, quién pudiera dar la menor idea de aquella carrera espantable! ¡Un fantasma macabro, dando saltos de corzo con una cruz á cuestras, lanzado á todo vapor entre riscos y breñales, sudoroso, jadeante, como si llevara encima cien quintales de peso; rodeado de horrible obscuridad, y luchando á brazo partido con aquella profanación abominable, con aquel rapto criminal!

* * *

Cuando el hombre llegó á Pasajes y metió al Cristo en el cajón, estalló al instante una furiosa tormenta, cayó el agua á torrentes, silbó el viento con ímpetu atroz y repercutieron los truenos por toda la bahía.

El vivísimo resplandor de un relámpago dió entonces en el rostro de Jesús. Viósele acto continuo enderezarse en la caja, y ¡oh, portentoso!, la cruz echó á andar lentamente, en medio del deshecho turbión.

Caminaba sin fatiga, impulsada por una fuerza incógnita que parecía conducirla con suavidad ideal por una superficie plana. A su paso

separábanse las piedras, uníanse las ramas de los árboles formando palios y marchaba, marchaba sin tropezar en obstáculo alguno, moviendo solamente la cabeza ensangrentada, que parecía una amapola del cielo.

Porque conviene advertir que mientras seguía implacable la lluvia, y gemía desesperado el aire, y zumbaba el trueno, y caían exhalaciones por doquier, y la obscuridad continuaba aterradora, la cruz proseguía su camino rodeada de un nimbo de deslumbradora claridad, como bañada por un potente foco de luz eléctrica, que la hacía invulnerable á los efectos del temporal y le daba todo el aspecto de una visión ultraterrestre.

Así fué, andando, andando, poco á poco, hasta llegar otra vez á Lezo y posarse como una palma en la pequeña eminencia que ocupara la vispera y de la cual le había arrebatado una ciega cuanto punible incredulidad.

El hombre de Pasajes quedó privado, medio muerto de arrepentimiento y de horror ante el cajón vacío; nadie llegó á enterarse de la profanación; el criminal lloró á los piés del milagroso leño y fué redimido, y el Cristo sentó definitivamente sus reales en Lezo, sin que nadie pusiese en duda los sagrados deseos de la imagen, ni traba alguna á su omnimoda voluntad.

* *
* *

Tal es la mejor leyenda del Cristo de Lezo, coino la he recogido de labios del pueblo, y aderezada grosso modo para edificación de los lectores benévolos ó malévolos, que, como dijo Eximeno, de todo hay en la viña del Señor, y yo no sé con quién hablo.

En Lezo quiso vivir y en Lezo vive y vivirá siempre entre aquellas blancas casitas, que parecen rebaño de cabras paciendo al pie del Jaizkibel.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI

